

Los Cretinos

Roald Dahl

Ilustraciones de Quentin Blake



El señor y la señora Cretino son dos odiosos personajes, tan malvados como mugrientos, que se dedican a hacerse la vida insoportable. Mantienen prisioneros a una simpática familia de monos, a los que tampoco dejan vivir en paz. Pero con la llegada del pájaro Gordinflón todo va a cambiar: los Cretinos recibirán su merecido.

Para Emma.

Caras peludas

¡Qué cantidad de hombres barbudos hay a nuestro alrededor hoy día!

Cuando un hombre se deja crecer el pelo por toda la cara es imposible adivinar qué aspecto tiene.

Puede que lo haga por eso. Seguramente prefiere que no lo sepas.

Además está el problema del aseo.

Cuando los muy peludos se lavan la cara, debe de ser para ellos un trabajo tan grande como cuando tú y yo nos lavamos la cabeza.

Lo que me gustaría saber es esto: ¿con qué frecuencia se lavan la cara estos barbudos? ¿Sólo una vez a la semana, el domingo por la noche, como nosotros? ¿Usan champú? ¿Usan secador de pelo? ¿Se dan fricciones con una loción tonificante del cabello para que la cara no se les quede calva? ¿Van a la barbería para recortarse y arreglarse la barba o lo hacen ellos mismos con unas tijeras mirándose al espejo del cuarto de baño?

No lo sé. Pero la próxima vez que veas un hombre con barba (lo cual sucederá probablemente tan pronto como salgas a la calle) seguramente lo mirarás más de cerca y empezarás a preguntarte acerca de estas cosas.

El señor Cretino

El señor Cretino era uno de estos hombres barbudos. Toda su cara, a excepción de la frente, los ojos y la nariz, estaba cubierta por un espeso cabello. El pelo le salía en repulsivos matojos incluso de los agujeros de la nariz y de las orejas.



El señor Cretino creía que esta pelambreira le daba un aspecto de gran sabiduría y majestuosidad. En realidad no tenía ninguna de las dos cosas. El señor Cretino era un cretino. Había nacido cretino. Y ahora, a los sesenta años, era más cretino que NUNCA.

El cabello de la cara del señor Cretino no crecía suave y rizado como el de la mayoría de los barbudos. Crecía en forma de espigas que brotaban tiesas como las cerdas de un cepillo de uñas.

¿Y con qué frecuencia se lavaba el señor Cretino la cara poblada de cerdas?

La respuesta es NUNCA, ni siquiera los domingos. No se la había lavado desde hacía muchos años.

Barbas sucias

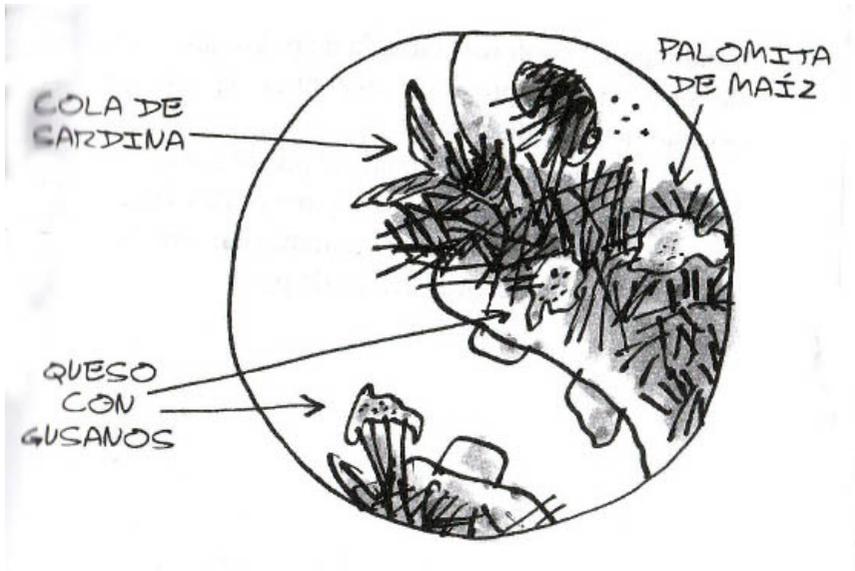
Como tú sabes, una cara normal, sin barba, como la tuya o la mía, simplemente se pone un poco churretosa si no se lava bastante a menudo, y no hay nada horrible en eso.

Pero una cara con barba es algo muy diferente. Las cosas se pegan a los pelos, especialmente la comida. Las salsas, por ejemplo, se meten entre los cabellos y se quedan allí. Tú y yo podemos frotar nuestras caras lisas con un paño y rápidamente volvemos a tener un aspecto más o menos limpio, pero los barbudos no pueden hacer lo mismo.

También podemos, si tenemos cuidado, comer sin desparramamos la comida por la cara. Pero los hombres con barba no pueden. La próxima vez que veáis un hombre con barba comiendo, observadlo detenidamente y veréis que, incluso abriendo la boca desmesuradamente, le es imposible tomar una cucharada de estofado o de helado de vainilla y chocolate sin dejar algún trocito entre los pelos de su barba. El señor Cretino no se molestaba ni siquiera en abrir mucho la boca cuando comía. Por eso (y porque nunca se lavaba) siempre había cientos de restos de antiguos desayunos, comidas y cenas pegados a los pelos y distribuidos por toda la cara. Pero, eso sí, no eran trozos grandes, ya que acostumbraba a restregárselos con el dorso de la mano o con la manga mientras estaba comiendo. Si lo mirabas de cerca (cosa poco apetecible) podías ver pegadas a los pelos pequeñas motitas secas de huevos revueltos, de espinaacas, de salsa de tomate, escamas de pescado, picadillo de

hígados de pollo y todas las otras cosas desagradables que al señor Cretino le gustaba comer.





Si mirabas más de cerca todavía (tápense bien las narices, señoras y caballeros), si escudriñabas entre las cerdas del bigote que le brotaba sobre el labio superior, probablemente hubieras visto cosas más grandes que habían escapado a los restregones de su mano; cosas que llevaban allí meses y meses, como, por ejemplo, un trozo de queso verde con gusanos, o una vieja y mohosa palomita de maíz o incluso la cola grasienta de una sardina de lata.

Por todo ello, el señor Cretino nunca pasaba realmente hambre. Sacando la lengua y curvándola para explorar la jungla de pelos alrededor de su boca, siempre podía encontrar un sabroso bocado que mordisquear.

Lo que estoy intentando explicarte es que el señor Cretino era un viejo cochino y maloliente.

También era un viejo extremadamente horrible, como descubrirás dentro de poco.

La señora Cretino

La señora Cretino no era mejor que su marido.

No tenía, por supuesto, una cara barbuda. Era una pena que no la tuviera porque esto, al menos, habría ocultado algo de su espantosa fealdad.

Échale un vistazo.

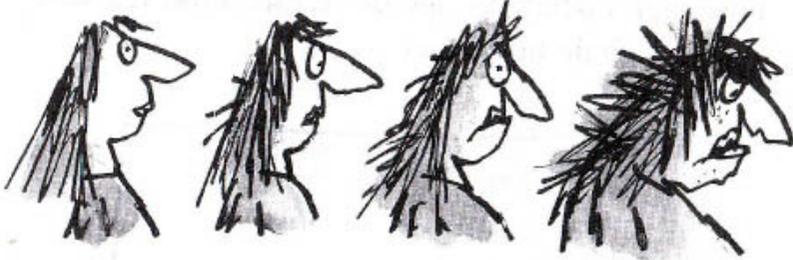


¿Has visto alguna vez una mujer con una cara tan fea como ésta? Lo dudo.

Pero lo curioso era que la señora Cretino no había nacido fea. La fealdad se había ido apoderando de ella año tras año a medida que envejecía.

¿Por qué había sucedido esto? Yo te diré por qué.

Si una persona tiene malas ideas, empieza a notarse en su cara. Y cuando esta persona tiene malas ideas cada día, cada semana, cada año, su cara se va poniendo cada vez más fea hasta que es tan horrible que apenas puedes soportar mirarla.



Una persona que tiene buenos pensamientos nunca puede ser fea. Puedes tener una nariz deforme, la boca torcida, una doble barbilla y los dientes salidos, pero si tienes buenos pensamientos, resplandecerán en tu cara como rayos de sol y siempre tendrás algún atractivo.

Nada resplandecía en la cara de la señora Cretino.



En la mano derecha siempre llevaba un bastón. Acostumbraba a decir a la gente que lo usaba porque le habían crecido verrugas en la planta del pie izquierdo y le dolía al andar. Pero la verdadera razón de que llevara el bastón era que con él podía golpear cosas, tales como perros, gatos y niños.

Y además estaba el ojo de cristal. La señora Cretino tenía un ojo de cristal que siempre miraba hacia otro lado.

El ojo de cristal

Se pueden hacer un montón de trucos con un ojo de cristal porque puedes sacártelo y volvértelo a poner todas las veces que quieras. Puedes apostar tu vida a que la señora Cretino se conocía todos estos trucos.

Una mañana se sacó el ojo de cristal y lo echó dentro de la jarra de cerveza del señor Cretino, cuando él no estaba mirando.



El señor Cretino estaba allí sentado bebiendo su cerveza lentamente. La espuma formaba un anillo blanco en los pelos alrededor de su boca. Él se restregaba la espuma blanca con la manga y luego se frotaba la manga en el pantalón.

—Tú estás tramando algo —dijo la señora Cretino, manteniéndose de espaldas para que él no pudiera ver que se

había sacado el ojo de cristal—. Siempre que estás callado como ahora, sé muy bien que estás tramando algo.

La señora Cretino tenía razón. El señor Cretino estaba maquinando frenéticamente. Estaba intentando inventar una jugarreta realmente sucia que pudiera gastarle a su esposa ese día.

—Ten cuidado —dijo la señora Cretino—, porque cuando veo que empiezas a tramar algo te vigilo como un búho.



¡Oh, cállate, vieja bruja! —dijo el señor Cretino. Continuó bebiendo su cerveza y su mente diabólica siguió maquinando sobre las próximas jugarretas horribles que iba a gastarle a la vieja.

De repente, cuando el señor Cretino volcaba la última gota de cerveza en su garganta, se encontró con la mirada del horroroso ojo de cristal de la señora Cretino observándole desde el fondo de la jarra. Esto le hizo dar un brinco.